



JOSÉ MIGUEL WISNIK

Confesiones de un
huerfano feliz

San Vicente y el Santos de Pelé

TRADUCCIÓN: SANDRA ARENAS GRISALES

FOTOGRAFÍAS: CARLOS MURAD

Nací en la Baixada Santista, en el litoral paulista, en San Vicente, ciudad que comparte la isla del mismo nombre con su vecina, la tradicional ciudad portuaria de Santos, pegada a ella como si fueran una sola ciudad. Viví allí hasta los dieciocho años, entre 1948 y 1966. Era un mundo mezclado de ciudad, playa y mangle, donde el fútbol estaba en todas partes. En los terrenos vacíos y en las calles no pavimentadas, en terrenos inundados de lama oscura, los muchachos esperaban ansiosos la digestión del almuerzo para comenzar un juego que terminaba siempre al iniciar la noche y se extendía por todo el verano. Muchas veces regresé cubierto de la cabeza a los pies, siempre descalzo y sin camisa, de aquella lama —como una camisa diez—. Más tarde, las clases de educación física de mi colegio se hacían en la playa, y consistían en un juego de fútbol sin tregua, desde las siete hasta casi el final de la mañana, por connivencia de un profesor interesado en otras actividades.

Todo eso tenía correspondencia, es claro, con lo que se veía alrededor, en el mundo de los adultos. Como en tantas ciudades de

Brasil, si no en todas, en San Vicente pululaban las canchas de fútbol expuestas a la calle, a las plazas, a la vega, rodeadas de simples cercas bajas de madera, donde cada domingo se disputaban los campeonatos de la “división principal” y de la “primera división”.

El campo de grama de Itararé nacía casi directamente de la arena de la playa, y el de Vera Mar, que quedaba curiosamente al lado opuesto al mar, era una plaza irregular donde se distinguían en el piso, además de las áreas y el círculo central difusos, senderos de los transeúntes habituales que tenían en el campo de fútbol su camino, y donde, en trechos más concentrados de grama, algún caballo pastaba descuidado durante la semana, entre ropas puestas a clarear. El Beija Flor de la Villa Margarida extraía su gramado impecable de los alrededores del manglar, en medio de un barrio pobre, arriesgándose, a partir de un modesto esbozo de graderías, a la aventura de un ensayo de iluminación nocturna. Y el San Vicente Atlético Club simulaba un estadio real cercando su césped, corto y duro, de muros altos y alambrado, además de una hilera de graderías de tosca madera oscura y cruda, con cabezas de clavos a la vista, pero osadamente cubiertas.

Era el fútbol, por encima de todo, lo que hacía de San Vicente y Santos dos ciudades diferentes, aunque unidas en un continuum urbano en el cual el visitante no percibía fallas a primera vista. El fútbol vicentino era esencialmente local, con la modestia y la proximidad animada que le corresponden, mientras que el de Santos tenía dimensión estatal, con tres equipos de la división principal: el Portuguesa Santista, el Jabaquara, con su inolvidable uniforme rojo y amarillo y su incurable condición de equipo sin estadio, y el Santos Fútbol Club. Este ganaría, como todos saben, exactamente a lo largo de esos años, su fulgurante dimensión nacional, internacional, mundial y única. Lo que no disminuía en absolutamente nada, que quede claro, la vibración



de las tardes impecables, o de los días dramáticos de canchas lamosas e inundadas del campeonato vicentino.

En la playa, ese movimiento de clubes, divisiones y campeonatos se dejaba derramar en una dimensión atemporal y utópica. Las playas de Santos y San Vicente, así como las que se extienden desde la Playa Grande a Itanhaém y Peruíbe, son planas y de arena dura, contrario a las arenas blandas y movedizas de Río de Janeiro.

Cuando la marea baja, ellas se ofrecen como extasiantes y granuladas mesas de billar al sol, plateadas al crepúsculo, en la vera líquida y firme del vaivén del mar. Allí se jugó, durante tardes infinitas, un fútbol sin fronteras definidas y donde, ahí sí, no se distinguían más las dos ciudades.

El modo de organización de esa cultura lúdica era simple: quien llegaba a la playa y se aproximaba a un grupo ya reunido en torno a una pelota, en el momento de la formación de los equipos, entraba en el juego a partir de la definición por pares o nones de dos representantes señalados para escoger a los demás. Quien se presentaba para el juego ya en curso, de preferencia en dupla, era admitido de a uno para cada lado, hasta el límite numérico de lo generosamente razonable. Ese régimen de inclusión espontánea me parecía tan natural como la propia naturaleza, el mar y el morro.

A lo largo de los años, siempre que volvía a San Vicente, buscaba inmediatamente el imperio de las tardes en la playa, entrando en aquellos juegos donde se mezclaban libremente clases sociales y edades, y reconociendo en ello uno de los bienes preciosos que es posible compartir de manera informal y gratuita en el mundo.

En los años noventa, si no me engaño, fui sintiendo un cambio que la conciencia se demoró en registrar: se tornaba más difícil entrar en los juegos. Ellos escaseaban. Los grupos ya llegaban equipados con camisetas básicas pero predistribuidas, largueros y redes instaladas, y un cordón de aislamiento

con el que cercaban y cercenaban el espacio de la disputa. Varias veces vagué de juego en juego por la playa, azulísima y apaciblemente dorada, bajo una temperatura ideal en la tarde declinante. (Surgían ahora, aquí y allí, juegos organizados de fútbol femenino, disputados con una furia inédita por chicas pobres que parecían reeditar en la arena “el picadito” de otros tiempos).

El fútbol de playa, junto con la escuela pública y los campeonatos de calle, formaban un campo de contacto democrático e informal que iba siendo desactivado, demarcado y regulado por los nuevos patrones de consumo y por la reorganización de la separación social, donde no cabía la misma permeabilidad. Como sucede en la constitución de todas las formas míticas, aquella utopía lúdica me fue revelada, con toda su evidencia, justamente cuando se mostraba ya transitoria y pasada. La entrada en escena de los patrones de consumo de masa, la relativa conversión de San Vicente en ciudad-dormitorio de empleados de Santos y Cubatão, su crecimiento demográfico, la especialización del entretenimiento de las poblaciones pobres que mejoraron de vida en ese periodo y las señales esparcidas de la violencia urbana se iban haciendo sentir, indirectamente, en aquellos sábados solitarios.

Los estudios sociológicos sobre el fútbol tocan casi siempre el tema de los conflictos sociales que hacen del juego su manera de expresión —como si el juego fuera antes que nada un instrumento de la necesidad de manifestar los choques sociales, casi que su alegoría—. Esos conflictos, ciertamente, están y estaban allí, en aquella San Vicente. Pero eran menos esquemáticos y menos visibles para un muchacho de clase media como yo, inmerso en las posibilidades dadas por una isla de fantasía que era, al mismo tiempo, real. Ante el sociologismo automático prefiero mi idealismo estudiantil —porque me fue dado ver allí el sustrato auténticamente lúdico del juego, y el margen de cierta gratuidad irreductible



que él guardaba—. Ese margen fue volviéndose inverosímil en un mundo ostensivo, extensivo e intensivamente capitalizado.

En 1956, con siete u ocho años de edad, tuve que elegir el equipo a apoyar. Para un niño ya atrapado por la fascinación del fútbol, tal vez esa sea la primera decisión presentida como un acto que alteraría su vida entera.

Después de un examen de las alternativas, mi duda se concentró en dos posibilidades: el San Pablo Fútbol Club, que era el equipo de mi padre, y el Santos Fútbol Club, que tenía el atractivo de albergar un aura de proximidad y haber sido, después de veinte años sin títulos, campeón en 1955. Era lo viejo y lo nuevo (el símbolo de San Pablo era, exactamente, un viejo de barbas blancas). Por esa época era la final del campeonato de 1956 que, no por suerte, incluía a los dos protagonistas de mi dilema, ritualmente confrontados. El día del juego decisivo, escogí al Santos Fútbol Club. Me dormí escuchando el partido por la radio, en el intervalo de medio tiempo, cuando el Santos perdía por 2 a 1, y desperté campeón, con una goleada de 4 a 2, y la foto de mi equipo estampada en una página entera del periódico.

Un día de 1957 vi, en una gaceta deportiva, la foto de un muchacho que venía destacándose en el Santos. Al año siguiente ese muchacho se llamaba Pelé y hacía parte de la selección brasileira, y la selección

brasileira, en un domingo infinito que parece la propia final de los tiempos, era campeona del mundo. Cuando Pelé volvió a la Villa Belmiro —el pequeño estadio del Santos— ya se podía escuchar por la radio, en el momento en que la bola llegaba hasta él, un alarido diferente en la platea, un clamor excitado y ansioso, una marca de consagración.

Un acontecimiento de esa potencia nunca se da aislado, no solo porque un equipo de fútbol tiene once jugadores, sino porque un poder magnético parece arrastrar, por azar y necesidad, lo que está a su alrededor. Pelé estaba al lado de un *crack*: del volante Zito, del centro delantero Pagão, del punta izquierdo vicentino Pepe (que se reivindicaba, con razón, como el mayor artillero de la historia del Santos, contando con el hecho de que “Pelé no cuenta”). A ellos se sumaban el centro delantero Coutinho (cuyas marcas con Pelé hacían de él un alter ego, una suma y un plus, como si no bastase, y de ellos una dupla de héroes germinados, a la manera de ciertas narrativas míticas), Calvet, Dorval y Mengalvio, venidos del fútbol gaúcho, e incluso el arquero Gilmar, el central Mauro, además de Lima, el “Coringa”. Se aseguró la supervivencia de ese periodo de glorias con la llegada del lateral derecho Carlos Alberto, con las sustituciones posteriores de Laércio por Gilmar y de este por Cejas, de Mauro por Ramos Delgado, de Calvet



En 1956, con siete u ocho años de edad, tuve que elegir el equipo a apoyar. Para un niño ya atrapado por la fascinación del fútbol, tal vez esa sea la primera decisión presentida como un acto que alteraría su vida entera.

por Orlando, de Pepe por Edu, de Zito por Clodoaldo, de Coutinho por Toninho Guerreiro, de Dorval por Manoel Maria.

Como es sabido, el Santos ganó —en el periodo de 1956 a 1969, que coincide, en mayor parte, con mi “vida útil” de hinchado en la Baixada Santista— los campeonatos Paulista (de los años 58, 60, 61, 62, 67, 68, 69), Brasileiro (61, 62, 63, 64, 65, 66), Río-San Pablo (59, 63, 64, 66), Suramericano (62 y 63) y Mundial (62 y 63), al mismo tiempo que incursionaba por todos los cuadrantes. De esa época, la hinchada de Santos y yo somos una especie de envés de Nick Hornby, el novelista inglés que escribió, en *Fiebre en las gradas*, su autobiografía de hinchado de Arsenal en un periodo en el que el equipo no le ganaba a nadie. La situación se invertía en toda la línea: mi padre se volvió santista, y nos asoció al club, con derecho a dos asientos permanentes (el San Pablo construía el Estadio de Morumbí y debilitó el equipo; el Santos era realmente irresistible para las hinchadas adversarias). La pequeña Villa Belmiro, con su calmada y aireada atmósfera de provincia, que pasé a frecuentar casi semanalmente, contenía una

parte considerable de la expresión máxima que el fútbol jamás haya conocido.

Lo que pasó allí tiene poco registro en video. Pelé es un ser de transición entre el fútbol de radio y el de la televisión, cuyos videos contribuirían a convertirlo en el símbolo de alcance universal que es. Sin embargo, en lo que se tiene para ver, falta la masa del día a día del fútbol de la Villa. Allí sucedió de todo lo que se puede y no se puede imaginar en materia de creación futbolística. Uno u otro jugador más limitado, como los laterales Dalmo o Geraldino, resplandecían como *cracks* en el cuerpo de aquel equipo, inducidos por el ritmo del juego que tanto podía reventar en ola blanca cuanto pasear por el campo como un tapete de espuma suave e implacable. La pureza del uniforme, por señal, sin la contaminación del logotipo del patrocinador, que no existía, en contraste con las pieles negras de su línea atacante (descontando Pepe, la oveja blanca), y solo dejándose marcar por el distintivo blanco y negro en el corazón, era un ícono y un ideograma de alguna fórmula alquímica que hubiera sido lograda allí.

De los goles de esa época que se perdieron de la memoria colectiva, escojo uno que no es de Pelé, sino de Coutinho, y no sucedió en Villa Belmiro, sino en el Maracanã, en una noche de 1962, en el primer partido decisivo del Mundial Interclubes, entre Santos y Benfica.

Vi ese gol, de una perfección rara, una sola vez —él es de antes de la existencia del *replay*—. La televisión en blanco y negro doblaba hipnóticamente el blanco del uniforme blanco y negro, redoblado también por el contrapunto visual de la piel negra con la pelota blanca (que solo se usaba, entonces, para juegos nocturnos). Todo en un flash —en aquella época estallaban flashes, confundidos en la luz de la pantalla y en la memoria con el propio gol fulminante en tiempo-espacio mínimo—. Más que producir el efecto de “una pintura”, me recuerda aquella técnica de diseño japonés en blanco y negro, el *sumi-e*, en que el artista remata la obra con una única pincelada. No conozco a nadie que recuerde ese gol. Un compañero del colegio me dijo en su momento que lo había visto en el cine, pero nunca lo reencontré en las raras y extasiantes retrospectivas del Canal 100. La película *Pelé eterno* no lo muestra, reduciéndolo literalmente a una mutiladora fracción de segundo. Leí en un periódico, dos días después del juego, que, al embarcarse de vuelta a Portugal, un dirigente del Benfica declaró sobre el gol, en una auténtica clave de oro camoniana, que valió la pena atravesar el océano sólo para sufrirlo.

Al mismo tiempo, el Santos era un equipo real que también perdía. Algunas veces, Pelé jugaba mal —aunque pudiese revertir ese hecho en cualquier momento—. El equipo tenía épocas de crisis. Incluso en un gran día se podía encontrar con un adversario a la altura, como el Palmeiras lo fue tantas veces en ese periodo. Los ataques eran más directos, las defensas más abiertas. Podía ser goleado por un equipo pequeño, como sucedió frente al Portuguesa Santista y al Jabaquara. Ese es, de todos modos, un

correctivo a hacer a las insistentes idealizaciones de los equipos mitificados y supuestamente listos y perfectos desde siempre, contraponiéndolos a los equipos actuales, vistos como insatisfactorios desde el primer instante. El imaginario, y tal vez en especial el brasileiro, tiende a renegar de la necesidad de la continua construcción de un equipo por medio de la invocación idealizante de un pasado impecable (como si el fútbol no fuera, entre todas las artes, aquella que exhibe el bosquejo de sí misma como si fuera el resultado final).

En ese periodo, el equipo de Santos pasó a transitar entre el barrio y el mundo, convirtiéndose en leyenda transcontinental, con sus episodios inéditos y folclóricos conocidos (guerras interrumpidas en África para ver los juegos, árbitros depuestos por la hinchada en Colombia para que Pelé, expulsado, volviese al campo, etc.). La memoria, por otro lado, guarda restos de una domesticidad provinciana: Pelé, ya campeón del mundo, como centinela en el cuartel del Segundo Batallón de Cazadores, en San Vicente, donde cumplía el servicio militar, contratado como gerente de publicidad del almacén A.D. Moreira, cerca de la plaza Barón de Río Blanco, en el inicio de su fama, dejando a la hermana, temprano en la mañana, en la puerta del colegio público donde estudiaba.

En cuanto a mí, fui condenado a no poder dejar de vivir todo aquello sino como si fuera natural —insisto, como el morro y el mar—. Un amigo diez años menor que yo, y también hincha del Santos, al ver los videos del auge de la era Pelé, afirmó sin dudar que el hecho de yo haber sido expuesto, en la más tierna edad, a la fuerza de aquellos hechos, “como si eso fuera normal”, produjo daños irreversibles en mi personalidad. Él no fue más explícito, pero la frase me llegó. En la mejor de las hipótesis, ella se refiere a mi incurable tendencia a ver sentido en todo. ■

Este artículo fue publicado en portugués en la revista *Piauí*, en 2008.